

SANTA TERESA DE JESÚS EN LA POLÍTICA ECLESIAÍSTICA DE SU TIEMPO

por el Académico DR. ENRIQUE DE GANDÍA

I

Santa Teresa de Jesús fue el nombre de doña Teresa de Ahumada, muerta en Alba de Tormes el 4 de octubre de 1582. Allí se creyó que había nacido hasta que se demostró, con una copiosa información de testigos y discusiones eruditas, que había visto la luz en Ávila, el 28 de marzo de 1515. Estas discusiones fueron arduas y sirvieron para demostrar, con un caso concreto, histórico y jurídico, que la palabra natural, referida a Alba de Tormes, no significaba, en forma terminante, que en ese lugar hubiese nacido. En efecto: de acuerdo con las Leyes de Partida (Ley I, título 24, Partida IV) "diez maneras posieron los sabios antiguos de naturaleza...". Se podía ser natural de un lugar por nacimiento, por vasallaje, por crianza, por caballería, por casamiento, por merecimiento, por tomar la naturaleza de quien lo sacase de cautivo o librase de muerte o deshonor, por aforramiento o liberación, por adoptar la naturaleza de quien lo tornase cristiano o por moranza de diez años "que faga en la tierra, maguer sea natural de otra". Los señores de Vizcaya, por ejemplo, eran naturales de seiscientos veintiocho behetrías o pueblos enumerados en el *Becerro de las Behetrías*. Alonso de Ercilla y Zúñiga aparece como natural de varios lugares y se comprobó que nació en Madrid. Juan de Garay dijo él mismo que era natural de Villalba de Losa y resultó nacido en

Orduña, provincia de Vizcaya. Santa Teresa fue disputada por Ávila y por Alba de Tormes hasta que una información de testigos aclaró que era "natural" y "nacida" en Ávila. Las dudas terminaron respecto al lugar de su nacimiento, pero surgieron otras, terribles, relativas a lo que fue de ella después de enterrada. El jefe de la biblioteca de la Real Academia de la Historia, de Madrid, don José Gómez Centurión, publicó una obra cuya tercera edición se hizo en 1917. Tiene el título de *Relaciones biográficas inéditas de Santa Teresa de Jesús, con autógrafos de autenticidad en documentación indubitada*. En ella consta que su cadáver, cuando fue exhumado y se le cortó un brazo para tenerlo como reliquia, mostraba signos de haberse revuelto en el féretro y, posiblemente, de haber sido enterrado vivo. Es un toque de misterio y de horror, en la vida de esta santa doctora, que sus biógrafos no siempre recuerdan. En la América hispana no ha merecido la atención que tuvo en algunos países de Europa. Sólo un autor, el arzobispo de Quito, Manuel María Polit, le dedicó un hermoso volumen, en 1905, en que estudió *La familia de Santa Teresa en América*. Esta obra la consultaba nuestro dilecto amigo, el exquisito y sabio literato Enrique Larreta. A menudo hablábamos de ella como de una amiga. Ambos habíamos aprendido a amarla en España, desde nuestras juventudes. Cuando Larreta penetró en los arcanos y en la belleza de la historia de la conquista del Río de la Plata, escribió un artículo en el diario *La Nación*, en 1930, que nosotros le aconsejamos que convirtiese en libro. Lo hizo pronto, en una edición artística, ilustrada por el dibujante francés Guy Arnoux. Nosotros comentamos esta obra de arte en el mismo diario *La Nación*. Larreta nos pidió que insertáramos ese artículo, como prólogo o estudio preliminar, en la segunda edición de su libro *Las dos fundaciones de Buenos Aires*, y así lo hicimos. Esa edición tenía una tapa dibujada por aquel admirable artista que fue Alejandro Sirio. Pues bien: fue en este pequeño y delicioso libro donde Enrique Larreta habla, por primera vez en la Argentina, en forma novelesca y a la vez histórica, como en un poema mágico, de Santa Teresa y de su hermano Rodrigo de Cepeda. Larreta sabía que este hermano había venido con don Pedro de Mendoza al Río de la Plata y revivió con toques de prosa, ensoñada y poética, como no se han empleado nunca en la vida de la santa. Son unos párrafos que creemos obligatorio reproducir: "Junto al le-

cho —dice Larreta—, sentado en un taburete, un joven de veinticinco años. Largo, flaco; ojo y pico aguileños. Se llama Rodrigo de Cepeda. Padres: Alonso Sánchez de Cepeda y Beatriz de Ahumada. Es natural de Ávila, en Castilla la Vieja. Está esperando que cesen los ayes para continuar la conversación. . .”. Larreta nos lo presenta al lado de don Pedro de Mendoza, enfermo de morbo gálico, en un día de frío y de viento. Y ahora aparece la santa en el recuerdo de su hermano: “No hay día que Rodrigo no se acuerde de su hermana Teresa. ¡Le miraba de un modo tan extraño cuando se despidieron! Ella le prefería a todos sus hermanos: «Que era el que yo más quería»”. Jugaban juntos cuando eran niños. Construían ermitas en el jardinillo del solar. Querían ser santos, querían ser mártires. Una mañana se escaparon. Salieron por la Puerta de Antonio Vella. Ella tenía siete años, él once. Se marchaban a África. “Concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios que allí nos descabezasen.” Un pariente topó con ellos del otro lado del Adaja y volviolos de prisa. “Ya la madre, temiendo que se hubiesen ahogado, en el pozo, revolvía el agua con un palo.” Son unas líneas que nos muestran viva la escena y que la propia santa contó en su autobiografía. A Larreta le impresionó y la recreó con su arte de pintor y de poeta que llevaba estos sentimientos a su prosa inimitable. Y, por último, nos trae la imagen de la santa, espiritualizada, como él la soñó, y la pone en la abatida nostalgia de su hermano: “¡Qué ojos tan raros los de la santa! Aun en medio del día tenían allí dentro misterio de otro mundo; llamas de la tiniebla, como cuando se mira de afuera, desde una plaza, un altar encendido. Rodrigo los ve siempre ante sí. Sobre todo por la noche, al contemplar las constelaciones, aquellas constelaciones tanto más hermosas que las de España, y ya no son ojos corporales, sino fervor difuso y atento, pupilas de eternidad. ¿No será que quieren decirle. . .? ¿No será que aquella locura de la niñez. . .? ¿Indios en vez de moros. . .?”

Un día le dije a Larreta algo que lo asombró. Siempre se creyó que el hermano de Santa Teresa acompañó a Juan de Ayolas en su viaje al norte del Paraguay, en busca de la Sierra de la Plata, que lo siguió en su travesía del Chaco y quedó, con otros conquistadores, guardando tesoros, en donde comenzaban los contrafuertes andinos, la Sierra de la Plata, y nunca se supo más nada de él. “No murió —le

dije a Larreta— en los confines del Chaco. Vivió, pasó al Alto Perú y al Perú, y de allí se fue a Chile y fue muerto en una batalla con los indios araucanos. Fue el primer hombre que unió el Río de la Plata y el Pacífico a través del alto Paraguay, de la actual Bolivia y del Perú.” Y puse en manos de Larreta un grueso libro que acababa de publicar: *Historia de Alonso Cabrera y de la destrucción de Buenos Aires en 1541*. En el apéndice traía todas las pruebas.

En este año de 1982 se cumplen cuatrocientos años de la muerte de la santa. Es sabido que mucho se ha escrito sobre ella y que, precisamente, en el museo de Arte Español, que lleva el nombre de Larreta, su directora, la arquitecta Isabel Padilla y de Borbón de Beretta Moreno, ha organizado un ciclo de conferencias sobre Santa Teresa y España. El eximio erudito Angel J. Battistessa analizó su aspecto más saliente: su misticismo y su ascetismo, es decir, su pensamiento espiritual y su vida de sacrificio. Otros destacados especialistas han tratado otros puntos de la historia de España que le fue contemporánea. Nosotros buscamos sus ideas políticas, de la política clerical en que se hallaba envuelta: las rivalidades, por no decir los odios, de unas órdenes religiosas con otras órdenes religiosas y de las divisiones, a veces tremendas, que existían dentro de una misma orden. Es una visión de la santa que sus biógrafos apenas tocaron. Menéndez y Pelayo, el inmenso conocedor de estos temas, prefirió pasarla por alto. En ella no había herejías: había desentendimientos que llegaban a extremos físicos, de prisiones y torturas. Santa Teresa no intervino en la política internacional española de aquellos momentos, que correspondía a otras personas, empezando por el gran monarca Felipe II, tan calumniado y tan incomprendido. Tuvo de sobra con la propia defensa de su persona y de su orden Carmelia, de sus amigos y de los pobres frailes y de las pobres monjas a menudo perseguidos y perseguidas por otros frailes que los detestaban. No faltaron fuertes roces con los jesuitas, a pesar de ser su confesor uno de ellos. Los llamaba cuervos para no mencionarlos. Y, en medio de sus rezos, de sus sacrificios, agravados, voluntariamente, con cilicios y disciplinas, de algunas visiones sobrenaturales, que las tuvo a menudo, y algunas levitaciones, con su cuerpo en el aire, que ella no relató, pero que algunos monjes aseguraron haber visto, movidos, más por su amor a la santa que por la verdad,

Teresa escribió más de cuatrocientas cuarenta cartas conocidas y otras muchísimas que se han perdido. En ellas movió un pequeño mundo de hombres notables e influyentes, empezando por Felipe II y terminando con humildes legos y mujeres, siempre para hacer justicia, para evitar persecuciones y para llevar adelante la rutina ascética y cruelmente turbada de sus conventos.

La vida en aquella España del siglo de oro, sin extendernos a la de otros países vecinos, muy diferente en incontables aspectos, era una vida que es preciso conocer en sus realizaciones y, en especial, en sus ideas, tanto políticas como teológicas, literarias y artísticas. España ofrece un panorama ideológico como pocos países han tenido tan rico y tan difícil de penetrar. No es posible comprender uno de estos aspectos si no se conocen los otros. Todos se unen, en sus extremos, y todos se complementan. En el teatro hallamos doctrinas que son principios teológicos de la libertad del hombre frente a la fe ciega de Lutero y a la predestinación de Calvino. Al mismo tiempo, como en la literatura, se defiende el honor de la persona humana, la gloria de la patria y, en todo momento, la libertad. Cuando se describe a malhechores es para mostrar sus vicios y sus perjuicios. La pintura exalta el ascetismo y el misticismo, como lo hacían sus místicos y sus ascetas, y ennoblece el heroísmo de las espadas.

Teresa fue una política activa y una escritora de sublimes inspiraciones y de sinceras confidencias. En su *Autobiografía* habla de su niñez y de su juventud. Se ha querido compararla con la de San Agustín, en sus *Confesiones*. Hay un mundo que las separa. Agradecemos que no se la comparó con las otras confesiones de Rousseau, lo cual habría sido una irreverencia de mal gusto. Hizo la historia de sus *Fundaciones* y enseñó su *Modo de visitar los conventos*. Su *Camino de perfección* la llevó a sus *Moradas o Castillo interior*, tesoro de la vida contemplativa, que es, no sólo su mejor obra, como repiten sus críticos, sino el tratado de sublimidad más perfecto y elevado que los hombres han escrito en la tierra. Los ideales de los Padres de la Iglesia, anteriores al año mil, en que empiezan los doctores, no sistematizaron tan bien como Teresa la sublimación del misticismo. No sabemos si los leyó en su integridad, pero sí que era amiga, y con ellos se escribía, de grandes y famosos teólogos. Por algo reformó la Orden de los Carmelitas, tuvo tantos seguidores y tantos enemi-

gos. Creía en la intercesión de los santos, en la ayuda de Dios y, en especial, del Espíritu Santo que invocaba, al comienzo de sus cartas, con muchísima más frecuencia que el nombre de Jesús. Hoy podrían reivindicarla los pentecostalistas, si no fuese un desatino, por mil razones, querer mezclarla con ellos. La vida debía ser ascética, mística y, más que contemplativa, de acción y de lucha. Por ello fundaba conventos, que le atraían infinitos ataques y disgustos. En la vida conventual, las mujeres solteras o viudas encontraban un refugio y una salvación, no sólo espiritual, sino física. Hoy los viejos y, en especial, las mujeres ancianas y enfermas, que estorban en sus casas, son enviadas a sanatorios geriátricos donde se las atiende, con más o menos cuidados, según lo que paguen. En aquel entonces, una mujer sola, sin esperanzas de un marido, si tenía dote, o sea, algún dinero, entraba en un convento, donde pasaba sus últimos años seguros, con techo, comida, distracciones y rezos para su alma. Si era pobre, era admitida como mujer de servicio, que se ocupaba de quehaceres domésticos y tenía el honor de ser una hermana con su vida tranquila. Los conventos, en una palabra, eran refugios espirituales y materiales que hacían un gran bien a mujeres sin familia o enemistadas con ella y a hombres que no servían para otra cosa, llamados por el misticismo o la vida frailesca. Al mismo tiempo, entraban en esta vida espiritual mujeres y hombres que eran lo más querido en una familia y, no obstante, todo lo abandonaban para dedicarse a una labor divina. Las órdenes religiosas eran modestas, unas, y poderosas, otras. Esto ocurría tanto entre las masculinas como entre las femeninas. Todas dependían de Roma y del Papa; pero tenían sus generales, que las gobernaban con mano de hierro, y cada casa su abad o su prior, que dirigía a las monjas y hermanas. Por encima de todos estaba la inquisición. Ojo escrutador, siempre desconfiado, que vigilaba las excesivas demostraciones de amor a Cristo; que podían confundirse con la fe salvadora de los luteranos o la resignación de los calvinistas frente a la predestinación divina. Mundo de inquietudes y de celos. en que lo maravilloso y sobrenatural no asombraba, en que un milagro podía ser algo común y un arrobamiento, en que podían tenerse visiones celestiales, se producía con frecuencia en los conventos y en las casas de familia.

Diffícil es comprender, en nuestro mundo psíquico actual, aquel estado mental español tan complejo, mezcla,

bien definida, de todas las ideas que pueden concebirse en los cerebros más ricos en ideales y ensañaciones. Los hombres vivían en dos planos bien diferentes y bien definidos, por no decir opuestos: uno era el del espíritu y el otro el de la realidad. Dios, la presencia junto a nosotros de las personas divinas, la comunicación con ellas y la elevación hacia lo sublime, por medio de la oración y del éxtasis, era uno de estos planos y modo de vida. El otro era la rutina diaria, con sus necesidades, sus conflictos humanos, sus alegrías y luchas para vivir. Santa Teresa ofrece, en su vida y en sus obras, este dualismo místico y positivo a la vez, que la muestra como ser a ratos sobrenatural y a ratos bien realista, sensato y práctico como podría ser una mujer con serias responsabilidades de nuestro tiempo. Los recuerdos de quienes la conocieron respecto a su figura coinciden en decirnos que era hermosa, casi rubia, de ojos negros, no delgada, ni tampoco gruesa. Sus manos eran pequeñas y bonitas. La priora de Sevilla y Lisboa, María de San José, dijo: "era en todo perfecta". Hay un solo retrato que se considera auténtico: el que le hizo su amigo y hermano lego fray Juan de la Miseria. Era pintor, malo, según muchos críticos, y no tan malo según otros. Ella, cuando vio su imagen, le dijo: "Dios te lo perdone, fray Juan, que ya que me pintaste me has pintado fea y legañosa". Es una frase que se ha citado mucho y que nos muestra la franqueza y la llaneza de la santa. Era así, en su vida de todos los días. Unión asombrosa de mujer práctica, concedora de almas y caracteres, que manejaba sus conventos con dulzura y rigidez, y de mujer que veía, en sus éxtasis, a Jesús y santos, que leía a los teólogos y místicos de su tiempo y siglos anteriores y que escribió las obras místicas más sublimes que existen.

Los historiadores de la literatura española la han analizado como escritora; los estudiosos del misticismo, como poetisa sublime y pensadora excelsa, y otros escritores, como nuestro Enrique Larreta, como mujer simplemente extraordinaria. Unos críticos de arte alemanes han descubierto algo que no sospecharon los historiadores del Greco. Cuando la santa murió, en 1582, el Greco, nacido en 1547 ó 48, tenía unos treinta y cuatro años. ¿Se conocieron estos dos genios? Lo que estos críticos comprobaron es que los colores que Teresa veía en sus arrobamientos, cuando soñaba estar en el cielo —celestes, azules, rojos, amarillos, verdes claros— son los que usó con tanta profu-

sión el pintor griego tan hondamente españolizado. ¿Hubo una influencia de los escritos o de las palabras de Santa Teresa en la pintura, única en su estilo, del Greco? Un pintor eximio nuestro y, a la vez, historiador del arte, José Antonio Merediz, ha comprobado que los colores y las figuras del Greco pueden haber sido inspiradas por los vitrales de la catedral de Toledo. Gregorio Marañón, en su exhaustivo estudio de la vida del Greco, no conoció estas dos suposiciones que tanto tienen de posible. Tampoco las alcanzó Mauricé Barrés, otro enamorado del Greco, ni sus biógrafos más conspicuos. Teresa aparece en la historia del arte con una influencia que tal vez, de confirmarse, explique otro misterio pictórico aún no definitivamente interpretado.

La vida de esta santa es una vida que ofrece caminos innumerables de investigación, de análisis y de crítica. Nosotros vamos a seguirla en su bregar de todos los días, en sus preocupaciones momentáneas, en sus decisiones y resoluciones frente a los problemas que se le presentaban a cada instante. Para conocer estas interioridades de su vida de mujer y de reformadora de su orden Carmelita tenemos el tesoro de su correspondencia. Muchas veces ha sido analizada y hasta comparada con la de María de Rabutin-Chantal, marquesa de Sevigné, que, en sus cartas a su hija, reflejó tan menudamente la vida de la Francia de Luis XIV. Pero esta comparación es impropia, no sólo por la diferencia, inconmensurable, de las épocas, de los espíritus y de los temas que ambas presentan, sino porque las dos mujeres no tienen el más mínimo punto de contacto. Quienes han pretendido hacer este paralelo habrían podido agregarle otro: el de la correspondencia de Ninón de Lenclos, la famosa cortesana, también del tiempo de Luis XIV, que murió a los noventa años, con una juventud inexplicable, y cuyo último amor lo tuvo con un abate a los ochenta. La correspondencia de Ninón, que hemos resumido en algunas conferencias, toda ella dirigida al marqués de Sevigné, la convierte en la más fina epistológrafa que tuvo Francia. Creó la filosofía de la amistad y de la amabilidad. Por algo fue amiga de La Bruyère, La Rochefoucauld, Molière y Racine, y por algo se enamoró de ella su propio hijo, sin saber que era su madre. Ella tenía setenta años y el desdichado joven se atravesó con una espada cuando Ninón le reveló que era su hijo. Pero no perdamos tiempo en comparaciones absurdas, obligados por

quienes parecen buscar la odiosidad que siempre crean las comparaciones. La correspondencia de Santa Teresa, dispersa en innumerables monasterios, que conservan sus cartas en preciosos relicarios, ha sido recopilada a lo largo de siglos, desbrozando las apócrifas, y publicándola en tomos cada vez más gruesos. Incontables son las cartas que se han perdido. San Juan de la Cruz, el místico tan perseguido por los carmelitas calzados, destruyó las cartas que le había escrito Teresa y buscaban sus enemigos, y, en su desesperación, una vez tuvo que masticar algunas para que no fuesen leídas. Lo indudable es que Teresa fue una activísima epistológrafa y que, después de muerta, quienes poseían algunas de sus cartas las colocaban sobre los enfermos para sanarlos. Cuando las cartas eran pocas y los enfermos muchos, las dividían en trozos y, si la enfermedad era grave, las hacían polvo y las bebían. No nos extrañemos de estas supersticiones. En tiempos modernos se hacía lo mismo con trozos de momias egipcias, o sea, con cadáveres embalsamados de cientos o miles de años. El padre Jerónimo Gracián y otros amigos de la santa, cruelmente perseguidos por sus hermanos, también destruyeron muchas de sus cartas. Las enemistades y los temores de aquellos frailes han privado a la historia de incontables documentos de Santa Teresa que hoy nos revelarían un mundo de hechos desconocidos. Rara vez hay fechas en las cartas de Santa Teresa. A lo sumo, el día. Por temor a las persecuciones utilizaba pseudónimos o claves para entenderse con sus corresponsales. En vez de emplear el yo, se nombraba en tercera persona, como Ángela o Lorencia, hermana de Lorenzo de Cepeda. José era Cristo; Ángel Mayor y Ángeles, el inquisidor general y los inquisidores; águilas, los carmelitas descalzos; aves nocturnas, los carmelitas calzados; cuervos eran los jesuitas o los calzados; cigarras, las carmelitas calzadas; gatos, ciertos clérigos regulares; mariposas, las carmelitas descalzas; Matusalén, el nuncio; Peralta, fray Jerónimo Tostado, carmelita calzado, gran enemigo de los descalzos, y Séneca o Senequito, fray Juan de la Cruz, muy pequeño de cuerpo.

Las cartas de Santa Teresa fueron traducidas al francés en 1660, y al italiano en 1775. El abate Migne, que hizo posible la monumental colección de los Padres de la Iglesia, publicó las obras de Santa Teresa en 1840. Hace, por tanto, sólo un siglo y medio que se da importancia en Europa al pensamiento de Santa Teresa. En España se

la comprendió desde los primeros instantes de su muerte. Felipe II envió sus libros a la biblioteca del Escorial. Fray Luis de León los editó en Salamanca en 1588. Paulo V declaró a Teresa beata en 1614. Las Cortes la proclamaron Patrona de España en 1617. Gregorio XV la elevó a santa en 1622. Felipe III la nombró patrona y abogada de España bajo la supremacía del Apóstol Santiago que, con seguridad, nunca estuvo en España. El Papa Urbano VIII confirmó el patronato de Teresa sobre España y las Cortes de Cádiz, en 1812, compuestas, en su mayoría, por masones, volvieron a proclamarla.

Una de las cartas más antiguas de Santa Teresa es la que escribió, el 31 de diciembre de 1561, a su hermano Lorenzo de Cepeda y Ahumada. Ella se hallaba en Ávila y él en Lima. Se llamaba "monjuela" y es una de las contadísimas veces que firmó con su nombre "Doña Teresa de Ahumada". Da cuenta a su hermano que había repartido los dineros que él había mandado. Muchas personas habían "tenido por milagro el enviarme vuestra merced tanto dinero a tal tiempo". Desde ese momento firmó sus cartas simplemente "Teresa de Jesús". Ya entonces había escrito su vida y la había dado a revisar al místico Juan de Ávila. Estaba en buenas relaciones con los jesuitas y prefería, para sus monasterios, a las personas que ellos confesaban. Era graciosa y afirmaba que para reformar los Carmelitas tenía fraile y medio, o sea, Antonio de Jesús y Juan de la Cruz, que era de pequeña estatura. En una carta a Alonso Ramírez, del 19 de febrero de 1569, le da cuenta de las contradicciones que había tenido en Valladolid, de parte de "personas de las principales". Le dijo: "Cuando nos apedréen a vuestra merced y al señor su yerno y a todos los que tratamos en ello, como hicieron en Ávila casi, cuando se hizo san Josef...". En otra carta a su hermano Lorenzo de Cepeda, del 17 de enero de 1579, le informa cómo invirtió el dinero que le había enviado y le cuenta que estuvo en la fundación de un monasterio de frailes y otro de monjas en "una villa de Ruy Gómez, que es príncipe de Éboli". Este Ruy Gómez era el marido de Ana de Mendoza, la princesa de Éboli, cómplice de Antonio Pérez, el secretario de Felipe II, en el proceso más sensacional de aquel siglo. Su historia es conocida. Los escritores franceses de otros tiempos referían que la Éboli y Pérez eran amantes; que la Éboli, además, también lo era de Felipe II; que Juan de Escobedo fue asesinado por orden de Antonio

Pérez para que no revelase esa traición amorosa y que por ello el monarca mandó a prisión a su amante y a su secretario. Todo esto es una fábula. Las investigaciones y exposición, magistral, que hizo Gregorio Marañón en su extraordinaria obra *Antonio Pérez* muestra otra realidad. La hemos sintetizado en un análisis de *Gregorio Marañón, historiador* y tal vez valga la pena repetir sus conclusiones.

No fue la Éboli amante de Felipe II, ni de su secretario Antonio Pérez, que era afeminado y perseguía a los pajes. Pérez transmitía a la Éboli secretos de Estado y la Éboli los vendía a embajadores extranjeros. Esto lo supo el hermanastro de Felipe II, don Juan de Austria, que estaba en Flandes, y envió a su hombre de confianza, Escobedo, a Madrid, a revelar el hecho a Felipe II. Antes que pudiera hacerlo fue asesinado. Los matadores descubrieron la verdad y el enorme proceso nos explica por qué Pérez, en el destierro, adonde logró huir, escribió contra su rey y su patria. Sus relaciones dieron vida a la leyenda negra europea en contra de España. Y esta leyenda se unió a la que creó el padre fray Bartolomé de las Casas en América. Teresa era amiga del marido de la Éboli, buen hombre, que ignoraba los manejos de su mujer. Ella llevaba un parche misterioso en un ojo, pues no era tuerta ni bizca. Fue pintada por grandes artistas y era considerada una belleza en Europa. Los mozos de mula se espantaban de sus malas palabras.

También era amiga doña Teresa de otras nobles familias, como la de doña María de Mendoza, mujer que había sido del famoso secretario de Estado Cobos, y de los jesuitas. Sabemos por ella que los jesuitas estudiaban teología en Santo Tomás. Otro amigo era el padre Domingo Bañez, excelente teólogo, que la defendió cuando la maltrataron por haber fundado el convento de San José. Ella tenía conciencia de sus muchos trabajos y de lo necesario que es, a menudo, encontrarse con nosotros mismos y alejarnos de tantas cosas pequeñas. Así lo decía en su carta a su hermano Lorenzo: "...como ando en tantas partes y me hablan muchas personas, no sé muchas veces qué decir, sino que somos peores que bestias, pues no entendemos la gran dignidad de nuestra alma, y como la apocamos con cosas tan apocadas, como son las de la tierra. Dénos el Señor luz".

La salud no acompañaba a la santa. El 7 de marzo de 1572 escribía a la señora doña María de Mendoza: "No

creo he tenido mes y medio de salud. Con tres sangrías estoy mejor. Quitáronseme las cuartanas, mas la calentura nunca se quita, y así me purgo mañana. Estoy ya enfadada de verme tan perdida, que si no es a misa, no salgo de un rincón, ni puedo. Un dolor de quijada que ha cerca de mes y medio que tengo, me da más pena”.

Teresa no quería en sus conventos mujeres con defectos físicos y que no supieran latín. Así le explicó a doña María de Mendoza que no podía admitir a una joven tuerta porque “es contra nuestras Constituciones tomar con el defecto que tiene, y no podré yo dar licencia contra ellas. . .”. Y agrega que las jóvenes “deprenderán bien a leer latín, porque está mandado no se reciba ninguna sin saberlo”. Estaba convencida de que “siempre se ha de mirar más al bien común que al particular”. Juan de la Cruz, más tarde santo, examinó a una religiosa que podía estar energúmena y comprobó que sólo tenía una profunda tristeza. Teresa escribió a Inés de Jesús que fray Juan de la Cruz tenía de Dios la “gracia para echar los demonios de las personas que los tienen. Ahora acaba de sacar aquí en Ávila tres legiones de demonios, y les mandó en virtud de Dios le dijese su nombre, y al punto obedecieron”.

Felices aquellos tiempos en que se creía en los demonios. No sabemos si ella los materializaba o los veía como simples tentaciones o malos pensamientos. El hecho es que iba a lo práctico y real. En una carta al jesuita Ordóñez, del 20 de julio de 1573, le dijo que en Toledo había treinta y cinco monjas y no debían pasar de allí. “Yo digo a vuestra merced que tantas mozas y tanto ruido que no conviene en ninguna manera.” Teresa conocía a sus hermanas, sobre todo a las jóvenes. “Tengo experiencia —le repetía a Ordóñez— de lo que son muchas mujeres juntas. ¡Dios nos libre!”

La vida en los conventos creaba miles de problemas. A veces las monjas se llevaban mal con los frailes y entonces vivían como “cautivas”. Teresa se lamentaba de ello. Sentía inquietudes y desasosiegos. El maestro Medina se mofaba de Teresa; pero, al conocerla más profundamente, llegó a admirarla como a una mujer incomparable. Lo era, en efecto. Cierta vez, con sus palabras, sanó a una niña que, con el tiempo, fue la mujer del conde duque de Olivares. A su amigo, el padre Domingo Bañez, le confesó, en una carta, que “lo que quiero no lo tengo, lo que tengo no lo quiero”. Vivía descontenta de sí misma.

A mediados de 1574 empezaron los desacuerdos entre los carmelitas calzados y los descalzos. “Estamos en guerra —decía la santa— y rodeados de muchos enemigos.” En otra carta a la madre María Bautista agregaba: “Estoy vieja y cansada, que se espantara de verme”. Los franciscanos le pusieron pleito porque había comprado una casa cerca de su convento. En cambio tenía buena amistad con el famoso dominicano fray Luis de Granada. Era obediéntísima con sus superiores y confiaba más en la sumisión que en las revelaciones. Así lo dijo al padre Gracián: “En obedecer no puede haber yerro y en las revelaciones sí”.

La fundación de un convento de su orden en Sevilla y las reformas que comenzó a hacer fueron el comienzo de sus persecuciones. Ella no hizo más que cumplir la orden del padre Gracián de fundar ese convento. Los calzados protestaron. Estamos en junio y julio de 1575. Teresa quiso separar a los descalzos de los calzados y así se lo dijo al rey Felipe II, el 19 de julio de 1575. “Ha cuarenta años que yo vivo en esta Orden, y, miradas todas las cosas, conozco claramente que, si no se hace provincia aparte de Descalzos, y con brevedad, que se hace mucho daño y tengo por imposible que puedan ir adelante.”

Una sobrina suya, que entró en el convento, no pudo tomar hábito porque no tenía más de doce años; pero podía criarse en él. En los recreos, la niña “contaba de los indios y de la mar, mejor que yo lo contara”. Es un detalle, insignificante, que nos hace saber que Santa Teresa y su sobrina hablaban a las monjas de temas americanos. En su lengua española, tan pura, decía indistintamente “la calor” y “el calor”. En una carta al general de su Orden, el padre Juan Bautista Rubeo de Ravena, le recordó que había que responder con blandura, que “es de los hijos errar y de los padres perdonar y no mirar a sus faltas”. Muchas cosas podía no entenderlas su señoría, “allá, como yo que estoy acá, y que, aunque las mujeres no somos buenas para consejo, algunas veces acertamos”. No se avenía con la gente de Andalucía y en sus fundaciones había pasado “trabajos, desasosiegos, aficiones y murmuraciones”. El padre fray Ángel decía que Teresa era apóstata y estaba descomulgada. Valdemoro, el prior de los Carmelitas Calzados de Ávila, enemigo de Teresa y de Juan de la Cruz, sacó a los descalzos de la Encarnación, “con harto gran escándalo del pueblo”, los alimentaba a pan y vivían en medio de

inquietudes. Al mismo tiempo, los enemigos de los descalzos decían que “atábamos las monjas de pies y manos y las azotábamos, y pluguiera a Dios que fuera todo como esto”. El 19 de mayo de 1576 escribía a fray Mariano de San Benito: “¡Oh, las mentiras que acá andan! Es cosa que desvanece”. Los calzados también eran llamados “los del paño”. El 15 de junio de 1576 le hablaba de las monjas. “Todas son mozas, y créame, padre mío, que lo más seguro es que no traten con frailes. Ninguna cosa he tanto miedo en estos monasterios como esto: porque, aunque es todo santo, sé en lo que verná a parar si no se remedia desde luego, y esto me hace poner tanto en ello. Perdóneme, padre mío, y quédese con Dios.”

En otra carta a la madre María de San José, priora de las Carmelitas Descalzas del convento de San José de Sevilla, le recomendó que cuidara los frailes. “A la hermana San Francisco, que sea buena historiadora para lo que pasare de los frailes.” El 11 de julio volvió a escribir a la priora: “Muy por menudo quisiera me contara lo que hacen esos pobres frailes, digo, si hay algún medio de apaciguarse, y lo de los franciscanos”. Las persecuciones seguían en Sevilla. Corría el temor de que el padre Gracián fuese envenenado. Eran tantos los tratos y baraterías en que andaba la santa que ella misma decía que “soy una gran baratona”. Quería que las monjas escribiesen lo que ocurría en los conventos “sin boberías y desatinos”. Estaba al corriente de la política de su tiempo y sabía que don Juan de Austria se había “ido disimulado a Flandes por criado de un flamenco”. En efecto: se había teñido la barba y el cabello y había partido como criado de Octavio Gonzaga, hermano del príncipe de Malfata. Las monjas se entregaban con exceso al estudio. Teresa prefería que no abusasen. “Dios libre a todas mis hijas de presumir de latinas —escribía a la priora de Sevilla, el 19 de noviembre de 1576—. Nunca más le acaezca, ni lo consienta. Harto más quiero que presuman de parecer simples, que es muy de santas, no tan retóricas.” Las hermanas debían vivir con severidad. Les estaba prohibido abrazarse ni tocarse el rostro ni las manos, ni, menos, darse “pecilgos”, o sea, pellizcos. A menudo caían sobre ellas muy feas calumnias que pronto informaciones rigurosas esclarecían.

A fray Jerónimo de Gracián le recomendaba que cuidase las comidas, pues podían darle ponzoña. En otra carta del mes de diciembre de 1576 le pidió que le hiciese

saber "en qué se fundó el testimonio de la monja virgen y parida, que me parece grandísima necedad levantar una cosa como esa". Santa Teresa no admitía semejantes cuentos. En su carta al padre Gracián le aclaraba que, "aunque otros monasterios están relajados, no es en tanto extremo, digo los sujetos a los frailes, que a los Ordinarios terrible cosa es". Teresa quería que se pusiese el hábito a todas las monjas. "Hecho de una vez, hecho se queda, que todo es grita unos días, y con castigar a unas, callarán las demás, que así son mujeres, temerosas por la mayor parte. Esas novicias no queden ahí, por caridad, pues llevan tan malos principios."

Los carmelitas calzados habían caído en graves relajamientos. Habían resistido a las constituciones hechas por el padre Gracián porque en ellas se ordenaba que los religiosos anduviesen descalzos o con alpargatas de cáñamo. Teresa no insistió en la descalsez y monjas y frailes usaron alpargatas. "Demasiado de descalzos andan", dijo al padre Ambrosio Mariano de San Benito, el 12 de diciembre de 1576.

En los monasterios donde no había estudio había que "hacer cestas o cualquier cosa... apretar mucho en las virtudes, mas no en el rigor". A la priora de Málaga le aconsejaba la oración que hacía crecer las virtudes. A una monja había que hacerla comer carne y quitarle la oración. Tenía "flaca la imaginación y lo que medita le parece que ve y oye". Otra monja necesitaba "ayunar poco". No debían tener oración a tiempos, sino ocuparse en otros oficios. Al padre Gracián le decía que otra doncella, gran embustera, no tenía melancolía, sino demonio. No debía ir a su casa en ninguna manera para que no le ocurriese lo que a San Marina, "que decían era suyo un niño y padeció mucho". Teresa no creía que la tal monja estuviese endemoniada, sino que era una mentirosa. Tampoco creía en una monja de Sevilla que hablaba muchas lenguas. La oración que daba Dios "es mayor, sin comparación, que el pensar en el infierno". Era una mística sensata. A fray Jerónimo Gracián le recomendaba dormir bien y no pedir a Dios milagros. "Es menester que vuestra paternidad mire que no es de hierro y que hay muchas cabezas perdidas en la Compañía por darse a mucho trabajo."

Santa Teresa tenía frecuentes noticias de las Indias. Se escribía a menudo con su hermano Lorenzo de Cepeda que vivía en Lima. El 17 de enero de 1577, desde Toledo, le

dio cuenta de que “me han tornado los arrobamientos”. Habido sido en público y en maitines, lo cual le había dado pena: “Ni basta desistir ni se puede disimular. Harto ruego a Dios se me quite esto en público. Pídaselo vuestra merced, que trae hartos inconvenientes... Ando estos días como un borracho en parte...”

Teresa explicaba a su hermano que “cuando de veras está tocada el alma de este amor de Dios, sin pena ninguna se quita el que se tiene a las criaturas...” Dios la había librado de pasiones. Cuando las monjas le exponían sus apetitos sensuales, Teresa les contestaba que no podía aconsejarlas, porque, por la misericordia de Dios, no sabía qué eran. A su hermano Lorenzo le envió, como regalo, un cilicio, con la recomendación de que no se lo pusiera después de vestido, ni para dormir. En otra carta le recomendó que lo usase un día por semana, en cuaresma, y que si viera que le hacía mal, que se lo quitara. En cuanto a los malos espíritus, que los ojos corporales no ven, pero sí los del alma, había que alejarlos con agua bendita echada alrededor. A veces sentía pesada la cabeza y le fatigaba escribir. No dejaban de inquietarle las luchas de los calzados y descalzos. Llegó a tales extremos que el 13 de noviembre de 1577 se dirigió directamente a Felipe II. Le dijo que sabía que los calzados le habían enviado un memorial “que me espanto de los ardides del demonio”. Los calzados no sólo no se contentaban con infamar al maestro Gracián, sino que pretendían dislustrar a los monasterios de los descalzos. Para ello se habían valido de dos descalzos enemigos del padre Gracián. Al uno le faltaba el juicio y el otro quería vengarse. Ambos habían firmado desatinos. Teresa pedía a Felipe II que esos papeles no anduviesen en tribunales para que no quedase ninguna sospecha. Sabía lo que valía la documentación histórica.

En otra carta a Felipe II, del 4 de diciembre de 1577, le pidió que librase a las monjas de los frailes, “que cierto les son gran estorbo para el recogimiento y religión que pretenden”. Calzados y descalzos se disputaban las ciudades y los monasterios. Los pobladores estaban escandalizados. “Y ahora —seguía Santa Teresa— un fraile que vino a absolver a las monjas les ha hecho tantas molestias y tan sin orden y justicia que están bien afligidas y no libres de las penas que antes tenían.” El padre Maldonado, prior de Toledo, aprisionó al padre Juan de la Cruz y le hizo sufrir más que lo que sufrió el padre Gracián cuando

estuvo entre moros. "Por amor de Nuestro Señor —decía Teresa a Felipe II— suplico a vuestra magestad mande que con brevedad le rescaten y que se dé orden como no padezcan tanto con los del paño estos pobres descalzos todos, que ellos no hacen sino callar y padecer. . ." El 10 de diciembre de 1577, Teresa escribió a la priora de Sevilla, la madre María de San José. Le contó que los calzados habían absuelto a las monjas de la Encarnación después de haberlas tenido dos meses excomulgadas. Tuvo que intervenir el rey para que el nuncio las mandase absolver. "Y todo porque no quieren por priora a la que ellos quieren, sino a mí." Los calzados les sacaron a las monjas dos descalzos que las confesaban y "dicen que los azotaron dos veces y que les hacen todo el mal tratamiento que pueden". Fray Juan de la Cruz "iba echando sangre por la boca". Por algo llegó a santo. Teresa estaba espantada de las diligencias "que ha habido para desacreditarnos, en especial al padre Gracián y a mí, que es adonde daban los golpes". El padre Tostado había tenido a las monjas que las habían elegido priora "cincuenta y más días sin dejarlas oír misa, que ver a nadie tampoco ven ahora. Decían que estaban descomulgadas y todos los teólogos de Ávila que no". Las excomulgadas eran más de cincuenta y cuatro. A Juan de la Cruz, desde entonces, se le consideraba santo. El padre general mandó "que ninguna descalza pudiese salir de su casa, en especial yo".

Otra grave cuestión que tuvo que sufrir la santa fue el propósito del jesuita padre Gaspar de Salazar de dejar la Compañía de Jesús y pasarse a la Orden del Carmen. El desacuerdo entre Santa Teresa y el provincial de los jesuitas en Castilla la Vieja tuvo largas y penosas consecuencias. Los historiadores que las comentaron recordaron, para disculparlas y aminorarlas, que San Pedro y San Pablo no tuvieron las mismas ideas, se contradijeron y, no obstante, se amaron. Tampoco fueron buenos amigos San Pablo y San Bernabé. Otras diferencias hubo entre San Jerónimo y San Agustín, San Juan Crisóstomo y San Epifanio. Los cluniacenses y cistercienses, todos benedictinos, se combatieron. Pedro, abad cluniacense, y Bernardo, cisterciense, estuvieron frente a frente. Los dominicos y los franciscanos tampoco coincidieron en sus principios. Lo cierto es que los jesuitas pretendían que Teresa impidiese el pase del padre Salazar, de la Compañía de Jesús a la orden Carmelita. En febrero de 1578, Teresa escribió al rector

de la Compañía en Ávila que había leído dos veces una carta del padre provincial “y siempre hallo en ella tan poca llaneza para conmigo y tan certificado lo que no me ha pasado por pensamiento, que no se espante su paternidad que me diese pena”. Palabras firmes de una mujer a un provincial que le suponía ideas que no tenía. En cuanto a lo del padre Salazar, le decía, con razón, “que sería mejor remedio atajarlo por su parte que no escribir yo a los que no son míos lo que vuestra merced quiere, pues es oficio de su prelado y tendrían razón de hacer poco caso de lo que yo les dijese”. Era algo elemental: los jesuitas tenían que obedecer a su superior y no a una priora que no era provincial de los carmelitas descalzos. Una buena lección de procedimiento al pretencioso jesuita. Y agregaba, con palabras severas: “Podría ser que tenga vuestra merced más culpa en habérmelo mandado que yo la tuviera si no hubiera obedecido”.

Mujer enérgica, de carácter firme e indomable, constante en su misión de fundar conventos para salvar almas y dar felicidad espiritual a tantos hombres y mujeres, no decayó un instante en su labor y en sus ideales. Enferma, cansada, perseguida, calumniada, amenazada, tuvo el valor de hacer frente a frailes perversos y a políticos intrigantes mientras componía las obras místicas más elevadas de la historia humana. Así la veremos continuar su labor, noble e invencible, en los últimos años de su vida, cuando dio al mundo el fruto espiritual más rico que mujer alguna haya creado en los siglos de los siglos.

II

Tenemos a Santa Teresa empeñada en salvar a sus monjas de un provincial y otros frailes que querían obligarlas a desdecirse de lo que habían dicho. Lo cuenta Santa Teresa a Roque de Huerta el 9 de marzo de 1578: “No han hecho sino hacer diligencias y amenazarlas y buscar personas que las dijesen los castigos que las habían de hacer sino obedecían y votaban en contra de lo que habían hecho y firmado para Consejo”. El provincial había ido a la corte para acusar a las monjas. “Por caridad —escribía Teresa— suplico a vuestra merced haga de manera que se entienda la verdad y como ha sido fuerza, que será gran bien para estas pobres monjas que en Consejo no piensen

que es verdad lo que esos padres informasen, pues ha sido todo tiranía. . .". Y terminaba su carta con una última súplica: "Por amor de Dios, suplico a vuestra merced que con brevedad procure que esos señores del Consejo sepan la fuerza que estos han hecho a las monjas, que será gran cosa para todos, y no hay quien se duela de estas mártires."

Todo esto tenía su origen, como dijimos, en la elección que las monjas habían hecho de Teresa para priora. El padre provincial Magdaleno y el maestro Valdemoro trataban de dar por nula la elección por medio de una información. A fray Germán le habían hecho echar sangre por la boca y a Juan de la Cruz destrozado las espaldas. Los dominicos estaban de acuerdo con los enemigos de la santa. Teresa escribió a fray Jerónimo Gracián, desde Ávila, el 10 de marzo de 1578, que "me tienen espantada las cosas que han hecho con estas pobres". Ella procuraba que obedeciesen para no aumentar el escándalo. Era modesta, confesaba que no conocía historia antigua. "No soy tan letre- ra. . . no sé qué son los asirios. . ." A la priora de Sevilla le pedía un poco de agua de azahar. Confiaba en el padre fray Diego de Chaves, su confesor y del rey Felipe II, dominicano que no estaba en su contra. La controversia de calzados y descalzos fue la más ruidosa de aquel siglo y de siglos posteriores. El padre Gracián, su gran amigo, era hijo de doña Juana Dantisco, hija del embajador de Polonia en la corte de España. Había casado con Diego Gracián, secretario de Felipe II y había tenido veinte hijos. Seis habían sido carmelitas.

En la noche de Navidad de 1577, Teresa se cayó y sufrió mucho de un brazo. Tenía perdida la muñeca y el dolor había sido muy fuerte. Hubo que volverla a curar porque había soldado en falso y se sintió feliz cuando pudo levantar el brazo a la cabeza. En otra carta a fray Jerónimo Gracián le pidió que el padre fray Antonio no martirizase a una pobre monja. Los calzados de Toledo habían aprisionado a Juan de la Cruz en su convento y lo trataban con la mayor dureza. Nadie sabía dónde estaba. Hasta que el futuro santo utilizó una sábana para huir por una ventana. El brazo de la santa seguía mal. Mejoraba, pero "no me puedo vestir" decía al dominicano Domingo Báñez. Tenía miedo de que le tomasen sus cartas. Sabía que sus enemigos querían destruirla, a ella y a sus monjas. Fray Hernando de Medina había ido con gente armada, de noche, a prender a los descalzos en la casa de

San Alejo. Intentaron derribar la puerta, pero don Jerónimo de Tobar empezó a acuchillarse con los seglares que acompañaban a los frailes. Tres religiosos descalzos saltaron unas tapias y huyeron por los campos. Don Álvaro de Mendoza los hizo buscar con hachas encendidas y los recogieron en su casa. A todo esto, un notario les intimaba el breve. Los letrados opinaban que aunque lo mandase el nuncio, si no mostraba por dónde, el padre Gracián no tenía por qué obedecer. El Tostado insistía en destruir a los descalzos. La santa quería que el rey y los arzobispos supieran "la guerra y los escándalos que hay". La santa escribía al padre Gracián que traía "gran miedo, porque en ir y venir a decir misa, no puede dejar de haber peligro". Temía, también, que aprisionasen al padre Gracián y esperaba saber qué resolvería el nuncio antes de volver a dirigirse al rey.

Teresa vivía inquieta por lo que ocurría en su orden y por las alteraciones que había generado la muerte del rey don Sebastián, de Portugal. Lamentaba que lo hubiesen dejado ir a pelear al África. Murió el 4 de agosto de 1578. Había tenido una visión, veinte años antes, de que moriría trágicamente. Felipe II, como es sabido, se hizo cargo del reino de Portugal y vino a ser el soberano que mandó sobre más extensión de tierras en todo el mundo y en todos los tiempos.

En los caminos se hacían muchos asesinatos y la santa temía que el padre Gracián fuese asaltado. En agosto de 1578 hizo saber al padre Gracián que fray Juan de la Cruz había estado nueve meses encerrado en una carcelilla. A pesar de ser tan pequeño no cabía en ella. En ese tiempo había rozado la muerte y no había podido mudarse la túnica. Tres días antes de salir de esa cárcel, el padre superior le había dado "una camisa suya y unas disciplinas muy recias" para que se flagelase. Teresa quería que se hiciese una información para mostrar al nuncio lo que esos frailes habían hecho con el pobre fray Juan de la Cruz. Decía el padre Gracián: "Quedan pocos a vuestra paternidad como él si se muere".

Fray Juan de la Miseria, el pintor, también estaba preso por los frailes contrarios. El nuncio daba mucho crédito a los del paño, es decir, a los frailes calzados. Nada ayudaba a la santa. "Quiere el Señor que padezcamos", decía. El nuncio había comparado al padre Gracián con Lutero. "Yo entiendo —escribía la santa el 4 de octubre

de 1578— que el demonio pone todas sus fuerzas por descreditar estas casas. . . ¡Oh, mi padre, que hay pocos amigos al tiempo de la necesidad. . .!” Teresa pedía al padre Gracián que hablase con el padre que confesaba al nuncio y lo informase de la verdad antes que publicase cosas tan perjudiciales. El nuncio no era de esa tierra y debía ser informado de quienes quería reformar. La santa se acostaba a la una o dos de la mañana. Le habían dicho que la iban a llevar a otro monasterio, posiblemente de sus enemigos, y que le iban a dar una vida peor que a fray Juan de la Cruz. A la priora, madre Ana de Jesús, le escribía que fray Juan de la Cruz “es un hombre celestial y divino, pues ya le digo a mi hija que después que se fue allá no ha hallado en toda Castilla otro como él, ni que tanto fervore en el camino del cielo”.

Las monjas descalzas habían obedecido a los calzados y firmado desatinos por miedo a las excomuniones. Los letrados estaban espantados de lo que les habían hecho hacer. El proceso estaba lleno de falsedades. Teresa había estado presente y nunca había visto tales cosas. A las monjas las tenían hasta seis horas en escrutinio y a las que eran de poco entendimiento les hacían firmar lo que querían. El provincial amenazaba con echarlas del monasterio. Las novicias iban a irse con ellas. En una carta a las carmelitas descalzas de San José de Sevilla les contó las falsedades del proceso y agregó: “Sabén todos la limpieza y virtud con que el padre maestro Gracián trata con nosotras y lo mucho que nos ha aprovechado y ayudado a ir adelante en el servicio de nuestro Señor”. En otras cartas, la santa se definía: “Vieja poco humilde”.

Felipe II designó a cuatro asistentes para que ayudasen al nuncio Segá a examinar la causa de las descalzas. Estos asistentes informaron muy bien. Calzados y descalzos fueron dos provincias separadas. Pero las cuestiones internas no desaparecieron. Teresa tenía que frenar a muchas monjas. No olvidaba el ejemplo de Santa Catalina de Siena, cuya vida conocía muy bien, cuando una monja había dicho que era mala mujer. Dos monjas, cuyos nombres no es preciso recordar, se mostraban rebeldes. Teresa aconsejaba a ellas y a sus hermanas que terniesen a Dios, que no se dejasen llevar por el demonio y no siguiesen haciendo “tantas invenciones como han hecho”. Había personas de flaca imaginación, decía la santa, que “todo lo que les viene al pensamiento les parece que verdaderamente que lo ven”.

Y agregaba: "Quizá ella no tiene tanta culpa como pensamos, así como no la tiene un loco, que verdaderamente si se le pone en la imaginación que es Dios Padre no se lo quitará nadie". Había que tener compasión de ella. "Todos hemos ganado en padecer, y para ella podría ser lo mismo, que sabe el Señor sacar de los malos, bienes." No había que dejarla hablar con ninguna persona sin una tercera. Las dos monjas rebeldes no debían hablarse con disimulación. No había que apretarlas en nada, "que somos flacas las mujeres, hasta que el Señor las vaya curando". No habría sido malo ocuparlas en algunos oficios dentro de la casa. Había que olvidar lo pasado y, en lo porvenir, andar con gran cuidado, "en especial de noche, que, como el demonio anda por desacreditar estos monasterios, lo que parece imposible hace posible algunas veces". Si esas dos monjas se deshermanasen "se sabría más de raíz las cosas". El andar muy amigas, "la una y la otra, más se ayudarán a hacer enredos. Las oraciones pueden mucho, y así espero en el Señor las dará luz: con harta pena me tienen".

En junio de 1579, Santa Teresa tuvo un arrobamiento en que no pudo ver a Dios. Así lo escribió, llena de pena, a su confesor. Es el descubrimiento de un nuevo misterio de la teología mística.

Una monja, hija del licenciado Godoy, que vivía en el monasterio de Alba, tenía oscuro el entendimiento. Daba grandes gritos. Decían que era del corazón. Teresa no lo creía. Lo mejor que se podía hacer era enviarla a su padre, porque lo temía y era donde mejor podía estar. En otra oportunidad, no quiso que en un convento conviviesen tres hermanas juntas. En julio de 1579 tenía escrito su libro *Camino de perfección*. Sabido es que se imprimió en Evora después de su muerte, en 1583. No dejaba de preocuparle el conflicto por Portugal y la resistencia del duque de Braganza. Seguía los problemas internacionales de España con temor de guerras y muertes. Por suerte, la paz había vuelto entre las monjas del convento de Málaga. El 18 de diciembre de 1579 escribió al padre Gracián que las monjas estaban harto sosegadas y contentas. "No consiento—decía— que hable a ninguna aquella persona, ni la confiese." Era un confesor que las excitaba. Teresa quería que sus monjas trataran lo menos posible con clérigos y frailes. "Tengo visto mucho trato no aprovecha, antes daña por bueno que sea, y hace en parte perder el crédito." En otra carta repite que las monjas habían recobrado la tranquili-

dad cuando se les quitó un confesor. Todo se había hecho con mucha disimulación. Se le había dejado predicar algunas veces. En lo relativo a los interiores de la oración y a las tentaciones no había que poner más de lo que se quería decir. Había que permitir lo que fuese menester, porque, de lo contrario, las monjas andarían desasosegadas "y nunca dejará el demonio de tentar".

Estamos en el año 1580, el de la fundación de Buenos Aires por Juan de Garay. Teresa seguía recibiendo noticias y dinero de las Indias. En una carta a la madre María de San José, priora del convento de Sevilla, le decía que "para acortar aprovecharé mucho haber errado, que así se toma experiencia". Un fraile se había dado cien disciplinas. El dominicano fray Bartolomé Media, que empezó a apreciar a la santa cuando se confesó con él, hizo sacar una copia de la autobiografía de Teresa y la envió a los duques de Alba, sus amigos. El duque la leyó en Uceda, donde estaba preso. Una vez, el 8 de febrero de 1580, Teresa dijo a la priora de Sevilla que era un disparate que un licenciado amigo pasase a las Indias. Como Cervantes, opinaba que no convenía dirigirse a esas tierras donde vivían sus hermanos. Sin duda sabía lo que le había ocurrido a Rodrigo de Cepeda. Nunca había pedido ninguna cosa de Indias. El nuevo nuncio había prohibido al padre Gracián escribir ni recibir cartas. La santa se alegró de poder comunicarse con él. No andaba bien de salud. En una carta a la priora de Sevilla, del 3 de abril de 1580, le dijo que "desde el jueves de la Cena me dio un accidente, de los grandes que he tenido en mi vida, de perlesía y corazón". Hasta ese momento no se le había quitado la calentura. La perlesía es una parálisis y un temblor. Todavía le inquietaban los sucesos de Portugal. Otra gravedad tenía la situación del padre Gracián. Por temor a que lo envenenaran, Teresa le había aconsejado que comiese en el locutorio de las monjas; pero esto dio origen a muchas habladurías. A la priora de Sevilla le recomendó que, cuando fuese a comprar una casa, no se fiase de ningún fraile. A doña Isabel de Osorio le escribió que iría de Toledo a Madrid y que le daría aviso "de secreto donde pare". Vivía en medio de temores, tanta era la odiosidad que existía entre los frailes. Cierta vez, el padre Gracián, como buen teólogo, discutió en Alcalá con otros religiosos si un ofendido, en la hora de la muerte, debía conciliarse con su ofensor. En la duda, consultó a la santa, considerada una doctora, y Teresa le contestó que

había que reconciliarse porque, en momentos tan graves, no había que acordarse de puntos de honra con peligro de la salvación.

La salud no mejoraba. El 8 de mayo de 1580 escribió a la duquesa de Alba, doña María Henríquez, que no se le quitaba la calentura. Los médicos le habían dicho que se le hacía una postema en el hígado. "Con sangrías y purgas ha sido Dios servido de dejarme en este piélagó de trabajo." Seguía acongojada por los sucesos de Portugal. El duque de Alba, preso por orden del rey, fue sacado de la prisión para que se pusiese al frente de las tropas que iban a sujetar a Portugal. El duque obedeció para que se dijese "que tenía Su Majestad vasallos que, arrastrando cadenas, le adquirirían reinos". Teresa, pensando en estos hechos y en las andanzas que esperaban al duque, escribió a la duquesa que el duque pronto se daría cuenta de que "era vida más descansada la prisión".

En Pamplona, los jesuitas habían fundado una casa muy en paz, pero "después se ha levantado tan gran persecución contra ellos que los quieren echar del lugar". El condestable los había amparado.

La princesa de Éboli había caído en desgracia. Poco antes había fundado el convento de Pastrana y entrado en él como monja, pero no pudo resistir esa vida y salió. Teresa supo que estaba presa en su casa de Madrid y luego había sido llevada a Pastrana. El padre fray Hernando del Castillo, el historiador de la Orden de los Predicadores, se ocupa de la Éboli, ya viuda del príncipe Ruy Gómez. El padre Gracián, tan amigo de Santa Teresa, logró licencia del rey para visitar a la princesa de Éboli en su prisión del castillo de San Torcaz. La historia de esta mujer, que Gregorio Marañón ha tratado tan magistralmente, puede reservar dudas y descubrimientos que una nueva investigación y crítica pueden revelar. Nada hay de definitivo en historia y no sería extraño que algún nuevo historiador exhibiese hechos inesperados y desconcertantes.

Mucho sufrió Teresa por la muerte de su hermano Lorenzo de Cepeda. Le dio un flujo que lo ahogó. La santa escribió a la priora de Sevilla, el 4 de julio de 1580, que "páreceme, mi hija, que todo se pasa tan pronto que más habíamos de traer el pensamiento en cómo morir que no en cómo vivir". Había mejorado en su salud. "Nunca me acabo de morir", decía. Sólo tenía los achaques ordinarios, "en especial el de la cabeza". Una revelación le hizo saber

que su hermano sólo había pasado por el purgatorio y se hallaba en el cielo.

Los moriscos de Sevilla habían concertado alzarse con la población. Teresa quería saber, por los viajeros que venían de la Ciudad de los Reyes, Lima, si aún vivía Diego López de Zúñiga. Si hubiera muerto podían comprar unas casas para las monjas de Salamanca, pues estaban "concertadas con quien las herede". Esperaba dineros de las Indias. A una sobrina suya, también llamada Teresa de Jesús, carmelita descalza en Ávila, le recomendó, el 7 de agosto de 1580, que, si tenía algún mal pensamiento, se santiguase o rezase un padrenuestro o se diese un golpe en los pechos "y procure pensar en otra cosa". Otra vez se sintió con poca salud. El 7 de octubre de 1580 escribió a la priora y a las religiosas de Ávila que, "aunque tuviese mucha, no es razón tener alguna seguridad en vida, que tan presto se acaba". Una dolencia general, que recorrió todos los reinos del mundo, hizo llamar al año 1580, "el año del catarro". Teresa no podía escribir y tenía una secretaria. Un oidor del arzobispo debía dinero en Toledo y daba "hartas largas". En diciembre de 1580 escribió a su sobrino don Lorenzo de Cepeda, que vivía en Lima. Le contó que su padre, don Lorenzo, le había escrito que pronto iba a morir y que, en efecto, había muerto de un vómito de sangre. Estaba segura de que, por su vida, "estuvo a poco o nada en purgatorio". Su hermano se había casado con una joven de quince, doña Orofrisia de Mendoza y de Castilla. Su madre era prima hermana del duque de Albuquerque y pariente de otros personajes. Le habían dado cuatro mil ducados de renta. El marido, o sea, un sobrino de la santa, no tenía más que deudas. La santa esperaba que le llegase alguna ayuda del Perú.

Otra vez temía los contactos de las monjas con sus confesores. Al padre Jerónimo Gracián le escribió que "a los confesores no hay para que los ver sin velos jamás, ni a los frailes de ninguna orden, y muy menos a nuestros descalzados... Para cosas de alma parece que se puede tratar sin abrir velo". Teresa tenía buena experiencia. Había estado veinticinco años en un convento donde había ciento ochenta monjas. "En todas las cosas —decía— se gana mucho en mirar en los principios para que los fines sean buenos." En sus conventos, las monjas estaban bien acomodadas y se comía mejor. La separación de los calzados y descalzos fue autorizada por el Papa. Teresa aconsejaba

al padre Gracián que no tuviese a las monjas atadas en lo espiritual. “Un alma apretada no puede servir bien a Dios —decía— y el demonio las tienta por ahí.” En cambio, cuando tenían libertad, no caían en tentaciones. También le pedía que quemase sus cartas “porque, con tanta barauñda, podriase tropezar con alguna y sería recia cosa”. Los confesores no debían ser perpetuos vicarios de las monjas. “Si el vicario se contenta de una —explicaba la santa— no puede la priora quitar que parle con ella, porque es superior, y de aquí vienen mil desventuras.” Tampoco debían las monjas estar sujetas a los priores. No todos eran “como mi padre Gracián”. Había mucha experiencia y era preciso quitar las ocasiones. Un prior podía mandar a unas cosas que inquietasen a todas. “El mayor bien que pueden hacer estas monjas —decía Teresa— es que no haya plática con el confesor de oír sus pecados.” Teresa luchaba para que “no haya estos negros devotos destruidores de las esposas de Cristo, que es menester pensar siempre en lo peor que pueda suceder para quitar esta ocasión, que se entra sin sentirlo por aquí al demonio...”. Teresa temía los contactos de las monjas con sus confesores. También recomendaba al padre Gracián que, “por amor de Dios, procure vuestra paternidad haya limpieza en camas y pañizuelos de mesa, aunque más se gaste, que es cosa terrible no la haber”. Santa Teresa defendía la libertad de confesores para evitar el que se acostumbrasen a uno solo. En cuánto a la limpieza, Teresa la exigía con severidad. Hemos de aclarar que, en aquellos tiempos, en que Erasmo de Rotterdam decía que los frailes vivían en una lucha terrible y continua con las pulgas y los piojos, las monjas carmelitas de Santa Teresa eran las únicas que no tenían piojos y esto, después de su muerte, como veremos, se consideró una especie de milagro.

Santa Teresa cuidaba también mucho de la cultura de sus monjas, pero no pretendía que fuese excesiva. Exigía que supiesen latín, para poder entrar en la Orden, aunque ella no lo sabía. En una carta al padre Gracián, del 24 de marzo de 1581, le dijo que “yo aún no he leído casi nada, porque lo que está en latín no lo entiendo, hasta que haya quien lo declare”. Gustaba que las monjas estuviesen alegres. De la priora de San Alejo decía que “lo que ella baila y hace me dicen es cosa donosa”. Fray Juan de la Cruz llevaba las cartas de Teresa y la Biblia siempre consigo. Una vez, por los temores de que fuesen descubiertas, las

quemó todas juntas. Por ello no se conocen cartas de Teresa a San Juan de la Cruz.

En este tiempo, Teresa escribió una carta a un obispo Velázquez en la cual le da muy sabios consejos. "Es menester —le decía— sufrir la inoportunidad del tropel de pensamientos y las imágenes inoportunas e ímpetus de movimientos naturales", tanto del cuerpo como del espíritu. "Porque, aunque a nuestro parecer no haya imperfecciones en nosotros, cuando Dios abre los ojos del alma, como en la oración lo suele hacer, parécense bien estas imperfecciones." Había que hacerse la señal de la cruz y "desnudarse de todas las cosas, como si en aquella hora hubiese de morir y tener verdadero arrepentimiento de las faltas y rezar el salmo del miserere en penitencia dellas". No era partidaria Teresa de que entrasen en convento mujeres que tenían hijos y habían conocido largamente la vida. El 30 de junio de 1581 escribió al capellán del rey, el licenciado Dionisio Ruiz de la Peña, que una señora le había dicho a la priora del monasterio de Medina que había hecho voto de entrar cuando pudiese, "y que si le dijese era más servicio de Dios que no entrase, que lo dejaría". La santa temía que ocurriese lo que con otra señora, "que entró en un monasterio de los nuestros, dejando hijas" y terminó por salir. El 25 de octubre de 1581 le preguntó al padre Gracián qué clase de hombre era el obispo de Segovia, don Pedro Castro y Nero, tan escéptico que no creía en las revelaciones ni aun en las de Santa Brígida. Teresa lo miraba con simpatía por "su entendimiento, gracia y romance". Una vez les predicó. No quería confesar a nadie, "más, a mi parecer, gustaría de confesarme a mí, y lo que sospecho, según es enemigo de hacerlo, que es por curiosidad". Había dispuesto que cuando una monja estuviese enferma, que no la visitasen las hermanas todas juntas, sino de una en una. Quería evitar murmuraciones. Volvía a repetirle al padre Gracián que no admitiese confesores de muchos años. Su correspondencia era continua. De las Indias habían llegado cartas, mas no dinero. Agustín de Ahumada había escrito que viajaría al cabo de un año y no rico, sino a pedir al rey una merced. Don Lorenzo, su sobrino, había tenido que casarse con la hija de un oidor para que le diesen una encomienda de indios que el rey le había otorgado. Tenía cerca de siete mil ducados de renta, pero no enviaba un real porque estaba muy gastado. Lo haría más adelante, con su otro hermano Agustín. Estaba muy contenta, en

noviembre de 1581, porque su libro *De las misericordias de Dios* había agradado al canónigo de Ávila, don Pedro de Castro, más tarde obispo de Segovia. Sentía mucha lástima por su sobrina, doña Beatriz, que quería ser monja y no tenía con qué. La santa vivía agobiada por su correspondencia, sus fundaciones y sus preocupaciones. No creía en la severidad de ciertas disciplinas estrictas, que tanto respetaban algunos fanáticos. El 28 de diciembre de 1581 escribió a la priora y a las religiosas de Soria que si la madre superiora "hubiere menester siempre carne, poco importa que la coma, aunque sea en cuaresma, que no va contra la regla cuando hay necesidad, ni en eso se aprieten. Virtudes pido yo a nuestro Señor me las dé, en especial humildad y amor unas con otras, que es lo que hace al caso".

En enero de 1582, la santa no se sintió bien. En Valladolid se detuvo cuatro días por estar muy indispuesta. Tuvo un catarro grande y un poco de perlesía, o sea, parálisis. En otra carta del 6 de febrero de 1582 a la priora de Sevilla, le contó que, en su viaje de Valladolid a Burgos, "se nos ofrecieron hartos peligros, porque hacía el tiempo tan recio que iban los arroyos y ríos que era temeridad. A mí me debía hacer algún daño, que desde Valladolid vine con un mal de garganta, y me lo tengo, harto malo, que, aunque me han hecho remedios, no se me acaba de quitar. Ya estoy mejor, mas no se puede comer cosa mascada. No les dé pena que, con la ayuda de Dios, presto se quitará...". Estuvo un tiempo en el hospital de la Concepción de Palencia. El arzobispo la había enviado a ver y preguntar si mandaba algo. Volvió a Burgos y escribió muchas cartas. En una de ellas, al canónigo de la iglesia de Palencia, don Jerónimo Reinoso, le da cuenta que la Compañía de Jesús "verdaderamente comienzan enemistad formada, y funda-la el demonio con echarme culpas por lo que me habían de agradecer". Todo era por meros intereses. Decía: "Mucho le debe ir al demonio en desavenirnos". En otra carta a la priora del convento de San José de Granada, del 30 de mayo de 1582, le aclaraba que "no está nuestra ganancia en ser muchos los monasterios, sino en ser santas las que estuvieren en ellos". Temía que, con la pena, algunas monjas se pusiesen bobas.

La santa se juzgaba vieja y cansada. Así lo decía al licenciado Peña, capellán de la capilla real de Madrid. Se sentía con poca salud. En Sevilla y otras ciudades andaba una extraña pestilencia. Su correspondencia, en vez de dis-

minuir, aumentaba. Algunos días escribía toda la tarde o dictaba las cartas a una secretaria. En Palencia, donde estaba en agosto de 1582, hubo una inundación. Se sentía mejor de la garganta. Las intrigas en los monasterios no disminuían. Teresa estaba "harto llena de trabajos de mil maneras". No dejaba de recomendar al padre Gracián, en septiembre de 1582, que los frailes "no confesaran beatas". La garganta estaba mejor, pero no se le quitaba el dolor. Teresa creía en la influencia de la luna llena y le atribuía el desorden que vivía en su cabeza. Estaba tranquila: "que lo del fraile no fue tanto como parecía y Dios le remedió muy bien: no se supo nada". El demonio parecía querer deshacer el monasterio. Siempre el peligro de la amistad, demasiado estrecha, de monjas y frailes, siempre los odios de otras órdenes, celosas de que fundasen tantos conventos, siempre el temor de que sus cartas cayesen en manos de sus enemigos y supiesen sus planes y actividades. Tenía un mundo de amigos y de enemigos. Ella se manejaba con el padre Gracián y con el próximo santo fray Juan de la Cruz, tan pequeño, tan activo, tan devoto de Teresa. Sus enfermedades, sus dolores, de reuma y de golpes, no le impedían viajar de convento en convento. Era una "trota conventos", una mujer inquieta, que escribía libros como no se han hecho otros en el inmenso mundo del misticismo y del espíritu. No dejaba decaer su correspondencia diaria, estudiaba, leía a clásicos y contemporáneos suyos, estaba al corriente de los problemas internacionales y de las intrigas de la corte. No retiró su amistad a la princesa de Éboli, cuya misteriosa vida aún no ha sido suficientemente esclarecida.

El 17 de septiembre de 1582, Teresa estaba en Medina del Campo y escribió a la madre Catalina de Cristo, priora de las Carmelitas descalzas de la Santísima Trinidad de Soria. Pensaba ir a Ávila y luego a Salamanca y, tal vez, en seguida, a Madrid. Era la eterna viajera y fundadora. Quería fundar otro convento en Madrid. No sospechaba, como se ha creído, el cercano fin de su vida. Le dijo a la madre Catalina: "A todas me encomiendo mucho. Dios las haga santas y a vuestra reverencia con ellas". Era un saludo acostumbrado. En un punto de esta carta habla de los teatinos, nombre que se daba a los jesuitas; pero una mano sacrílega substituyó esa palabra por la de "esos padres". También cortó de la carta lo que a continuación decía de los jesuitas. Temores de que se produjesen reacciones con-

tra los carmelitas por parte de los jesuitas. Alguien que no quiso que se supiese lo que pensaba la santa de los jesuitas poco antes de su muerte. No sabemos. El hecho es que muchos pensamientos de Santa Teresa se ignoran porque sus cartas fueron mutiladas, y todo por los odios que existían entre aquellos hombres y aquellas órdenes. Rivalidades, antipatías, temores recíprocos: un mundo de pasiones, poco o nada cristianas, que se revolvían, precisamente, entre quienes hacían profesión de ciega fe cristiana.

Doña Teresa de Ahumada, conocida en el mundo como Santa Teresa de Jesús, murió diecinueve días después de esta carta, en Alba de Tormes, el 6 de octubre de 1582.

El juicio que la posteridad hizo de su vida y de su obra había comenzado en su vida. En 1569, el general del Carmen le envió la bendición de su orden y le dijo, como si hablara a una tercera persona: "Teresa de Jesús: Ella hace más provecho a la Orden que todos los frailes carmelitas de España". Cuando se hicieron informaciones, en 1591, para su beatificación, el padre fray Domingo Báñez declaró que había sido su confesor y que, para probarla, se mostraba áspero con ella "y cuanto más la humillaba y menospreciaba, tanto más se aficionaba a tomar consejo conmigo, pareciéndole que tanto más segura iba ella cuanto más miedo tenía a su confesor". Recordó que cuando hizo la primera fundación "tuvo grandes contradicciones, así de toda la ciudad como de las religiones y entonces sólo a mí me tuvo de su parte". Todos los monasterios que Santa Teresa había fundado habían sido con licencia de los generales de su Orden. El general fray Juan Bautista Rubeo le mandó que hiciese "tantos monasterios como pelos tenía en la cabeza". En las fundaciones iba siempre acompañada por lo menos con dos hermanas y sacerdotes de notoria virtud y edad competente. Tenía mucha fe en San José y en Santo Domingo. El padre Báñez afirma que la santa le dijo que Santo Domingo se le había aparecido en la oración y díchole que él la ayudaría. También recordó que cuando se llevó su cuerpo a Ávila, después de unos tres años, "estaba entero, salvo un poco maltratado el pico de la nariz, y la conocí como si estuviera viva". Tocó con la mano la planta de un pie "y se hundió la carne y se tornó a levantar". Agrega que "el olor de todo el cuerpo era bueno, pero vehemente, que encendía el cerebro de los que cerca estaban, y que desde lejos era más suave el dicho olor". En Alba le habían cortado un brazo para que estu-

viere, como reliquia, en esa ciudad. La parte del hombro "estaba tan fresca la carne, y el unto para de ella, como pudiera estar de una persona que, de repente, hubieran cortado un brazo". El jesuita Enrique Enríquez, en la misma información de Salamanca, de 1591, declaró que, junto con el jesuita Diego Álvarez, habían examinado las revelaciones y altos sentimientos de oración que la santa decía haber tenido. Comprendieron la "gran discreción y experiencia que tenía en cosas espirituales". En ellas no había "lazo y engaño del demonio". Más aún: les había comunicado "las dificultades y razones de dudar que tenía". De camino les infundía un "gran deseo de la perfección religiosa y nos daba modo cómo tuviésemos provechosa y acertada meditación y oración". Sus palabras eran vivas y las decía con tal fuerza y sentimiento que hacían mejorarse, espiritualmente, a quienes las oían.

El padre Enrique Enríquez también depuso que la santa, antes de morir, se le había aparecido y dado avisos y amonestaciones al padre Gaspar de Salazar. El padre Enríquez le preguntó a la santa si eso había sido cierto y ella no lo había negado, pues lo había hecho por particular orden de Dios. Otro testigo, el obispo de Segovia, don Pedro de Castro, en 1610, declaró que la priora del convento de Ávila le habló una vez de las revelaciones de Santa Teresa y que él le contestó: "De la santidad, humildad y otras virtudes de la santa madre Teresa de Jesús dígame mucho; de las revelaciones, muy poco, porque soy yo menos inclinado a creerlas". Había comprobado que entre lo que ella decía en sus libros y escritos y lo que hablaba había una semejanza asombrosa. Doña Juana de Velazco, duquesa de Gandía, recordó que el duque de Gandía, Francisco de Borja, que había sido general de jesuitas, alababa la vida, el espíritu y la santidad de la madre Teresa. Había oído decir que de un brazo que le habían cortado había salido "sangre o aceite". Don Juan Hurtado de Mendoza, duque del Infantado, declaró que había visto tres veces el cuerpo de la santa, que estaba incorrupto y que de él salía gran fragancia de olor. Desde hacía veinte años, la incorrupción era pública y notoria. El arquitecto de Felipe II, don Francisco de Moro, escribió bajo juramento que en Alba de Tormes, la madre Inés de Jesús le había entregado, por la ventanilla del comulgatorio, el brazo de la santa envuelto en un tafetán carmesí. A pesar de haber transcurrido cuatro años, el brazo estaba como un cuerpo vivo. El archi-

tecto confiesa que, "antes de envolverlo, sin que lo viesen, con las uñas le quité un pedacito del tamaño de un garbanzo". Lo envolvió en un papel y le quedaron los dedos bañados en olio. La priora le regaló un pedacito de la túnica con que enterraron a la santa. Tanta fe tenía este arquitecto en la santa que hizo sacar una copia del libro de las *Fundaciones* y la aplicó a la cara de un criado suyo que tenía un terrible dolor de muelas. En el acto se le pasó.

Nosotros somos tan escépticos como aquel jesuita, amigo de la santa, que no creía en sus revelaciones ni en las de santa Brígida. Reproducimos estas piadosas palabras para mostrar el amor y la fe, envueltas en inocentes maravillas, que le tenían las personas que la habían tratado. Una monja, María de San Francisco, dio otros detalles, más interesantes y provechosos, para la historia, de su vida y de sus últimos momentos. Era mujer sensata y verídica. Dijo que le había visto escribir sus cuatro libros: su *Vida*, el *Camino de Perfección*, *Las Fundaciones* y *Las Moradas*. Una vez, mientras estaba escribiendo *Las Moradas*, entró en su celda para darle un recado y la halló muy embebida, "de suerte que no me sintió, y la vi con un rostro inflamadísimo y hermosísimo, y, después de haber oído el recado, dijo: «Mi hija, siéntese un poco, déjeme escribir esto que me ha dado el Señor antes que se me olvide», lo cual iba escribiendo con gran velocidad y sin parar". Es algo que, como sabemos todos los que hemos escrito libros, nos puede ocurrir a menudo. La monja María de San Francisco aseguró que Santa Teresa había profetizado su muerte en Alba de Tormes ocho años antes de ocurrir. En los instantes de su muerte, recomendó a las monjas que guardasen las constituciones del convento, tomó el sacramento de rodillas y tuvo palabras divinas para Jesucristo. Su rostro estaba más hermoso que nunca. Otras monjas refirieron aparentes milagros de una inocencia que no vale la pena recordar. Un vecino de Rueda, que estaba endemoniado y quería tirarse a un pozo, y una mujer que tenía siete legiones de demonios, curaron con un poco de agua en la cual se había disuelto un pequeño trozo de carne de su cuerpo. Un sudario de la santa y unos paños manchados con el óleo que salía de su carne hicieron otros de estos milagros. La fragancia de su cuerpo, estando en vida y muerte, excedía los más deliciosos olores de esta tierra. La madre María de San Francisco nos hace saber que Teresa leía los tratados morales de San Gregorio, las obras del Car-

tujano, el abecedario de Osuna, las obras de fray Luis de Granada, *Arte de servir a Dios y Contemptus mundi* y las vidas de los santos. Teresa dijo una vez que no entendía el latín; pero esta declaración parece demostrar lo contrario. Tal vez haya sido un exceso de su modestia. La misma monja nos dice que había resucitado a un niño y que, otra vez, "preguntándole yo a nuestra santa madre que cómo no gozaban del privilegio de no tener piojos los religiosos, como nosotras, me dijo: «Calla, hija, que ellos son hombres»".

Pasamos por alto las apariciones de Santa Teresa a algunas monjas, que juraron haberla visto y hablado con ella después de muerta, y detengámonos en algo más concreto: los piojos de los frailes y otras monjas. Erasmo y otros filósofos del siglo XVIII hablaron de ellos al referirse a los frailes. Siempre se pensó que era una calumnia, una acusación de mal gusto. Ahora, con el expediente de beatificación de la santa, encontramos la declaración de la madre Catalina de Jesús que nos dice: "Digo que, en cuarenta y tres años, poco más o menos, que ha que estoy en la religión, nunca he visto que ninguna religiosa tenga piojos, y que las que del siglo entran religiosas y que allá los criaban, acá no los crían ni los tienen, y vi a una novicia de este convento, que se llamaba Bernardina de Jesús, muy principal en el mundo, que se comenzó a tentar para salirse de la religión y luego que tuvo la dicha tentación le dio una gran plaga de piojos que la duraron por espacio de más de seis meses, hasta que al fin salió de este convento, y con andar cargada de ellos y lavar su ropa con las demás del convento, vi y reparé que nunca se pegaron a las otras y tengo por muy universal este milagro".

En síntesis: venimos a saber que las monjas carmelitas descalzas, de Santa Teresa, no tenían piojos, mientras que los frailes y las monjas que no pertenecían a esa orden, los tenían sin excepción. Las monjas hablan de otros milagros, curaciones increíbles o pueriles, visiones de Cristo que habría tenido la santa y otras maravillas que, por piedad evangélica, preferimos dejar en silencio. No son palabras de la santa, sino de quienes le habían conocido, mujeres y hombres con un exceso de fe. En cambio, es de notar los altísimos elogios que hicieron de sus obras místicas teólogos famosos y estudiosos de renombre. El maestro fray Cristóbal de Santotía, agustino, declaró que su doctrina era "tan alta que es más que adquirida por industria humana,

y así entiendo por su santidad y excelencia de su doctrina, que tuvo particular alumbramiento de Dios, por medio de la oración, para escribirla". El maestro fray Juan de Miranda confirmó que "la doctrina de la santa madre escrita en sus libros, a lo que yo entiendo, es de las más subidas y altas que tiene la Iglesia de Dios y que excede a todo ingenio humano en muchas cosas; de suerte que parece más infundida por un don particular de Dios que adquirida por las fuerzas de un ingenio de una flaca mujer, y aun del de un hombre ejercitado en estudios largos de teología y espíritu...". Fray Francisco de Astudillo, prior de la cartuja de Miraflores, repitió que "la doctrina de los libros de la santa madre es tan excelente y soberana que si no es por dictamen del Espíritu Santo no se pudiera alcanzar por otra diligencia ni estudio". Este eminente teólogo de las doctrinas místicas nos dice algo más de los piojos. Nos cuenta que un religioso, para librarse de ellos, se puso una reliquia de la santa y en dos años no tuvo ninguno. Él mismo, torturado por los piojos que se le criaban entre la carne y el cilicio, se colocó otra reliquia y hacía ocho meses que no los tenía.

El cartujo fray Antonio de Molina declaró que la santa "no estudiaba ni premeditaba lo que había de escribir, sino que lo escribía como se le iba ofreciendo, y estando muchas veces ocupada en cosas que requerían atención. Y asimismo digo que la doctrina de los dichos libros, no solamente es santa, pía y católica, sino que tiene particular eficacia para mover a devoción, piedad, deseo de virtud y perfección a los que la leen".

El jesuita Francisco Rodríguez recordó que, en Roma, vio un procesillo que un fraile grave español había enviado a la inquisición romana en contra de la doctrina de un libro de Santa Teresa y que había sido reprobado. Lo mismo había hecho ese fraile en España, con la esperanza de que la inquisición persiguiese a la santa, y no lo había logrado. Otro carácter tiene la declaración de doña Orofrisia de Mendoza y Castilla. Según ella, Teresa había ido en espíritu a Quito y visto a sus hermanos y parientes en su casa, junto al fuego, oyó cómo hablaban marido y mujer, les echó la bendición y se volvió a España. Otra vez, dice Orofrisia, esta gran embustera llevó a una criada suya un retrato de la santa madre y que con él la sanó. Había, por tanto, otros retratos además del de fray Juan de la Miseria. Un fraile sordo se puso el brazo de la santa junto

al oído y volvió a oír. A una monja, enferma de un brazo, le llevaron tierra del sepulcro de Santa Teresa para sanarla. Se la puso y le dolió más. Entonces se sacó la tierra, pero la santa se le apareció y le dijo: "Hermana, no sea boba: póngase esa tierra". Se la puso y se curó. Otra monja la vio levantarse en el aire, en un arrobamiento, cierta vez en el coro. Entristecida porque las monjas habían visto este hecho, pidió a Dios que no volviese a suceder y Dios la complació. Otra monja, Catalina Bautista, antes que muriese la santa, vio una estrella, mucho mayor que las ordinarias, que bajó del cielo y se posó sobre la capilla mayor de la iglesia de Alba de Tormes. Otra monja, cuando murió la santa, vio cómo le salía de la boca una paloma muy blanca. La venerable Ana de San Bartolomé, entre otros pormenores, consigna que la santa amaba mucho la limpieza. Don Gaspar de Guzmán, el famoso conde duque de Olivares, tenía gran confianza en su protección y la consideraba su patrona y abogada. El Papa Clemente XIV, que extinguió la Compañía de Jesús, recomendaba la lectura y estudio de las obras de Santa Teresa.

El Papa Gregorio XV canonizó a Santa Teresa el 12 de marzo de 1622, junto a Isidro Labrador, Ignacio de Loyola, Francisco Javier y Felipe Neri. Así fue inscrita en el catálogo de los santos de nuestro Señor Jesucristo y como a tal debe ser reverenciada por todos los fieles. Fue, según el decreto de canonización, una mujer que tuvo coloquios con la Sabiduría eterna y descubrió los secretos divinos. Su vida fue la de una mujer sencilla, práctica y talentosa que hizo un bien inmenso a la religión católica y a la meditación mística. Sus libros han superado, en espiritualidad, todo lo que el pensamiento humano ha podido concebir.